

UN INTERCAMBIO DE TROPAS CARTAGINESAS ENTRE HISPANIA Y ÁFRICA (AÑO 218 A. DE C.)

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO

Universidad de Castilla-La Mancha

RESUMEN: En el presente trabajo se estudia un episodio muy poco conocido en los orígenes de la segunda guerra púnica. Antes de su marcha militar a Italia, Aníbal realizó un intercambio de tropas entre Hispania y el Norte de África. El estudio de este episodio sugiere como interpretación más razonable el que este fenómeno tuvo un alcance mayor del considerado en ocasiones, y que pudo suponer el traslado de poblaciones en ambos sentidos.

ABSTRACT: In the present work is studied an episode very little known in the origins of the Second Punic War. Before its marches to fight to Italy, Aníbal accomplished a troops exchange between Hispania and the North Africa. The study of this episode suggest as interpretation more reasonable the one which this phenomenon had a greater scope of the considered in occasions and than in could suppose the movement of populations in both senses.

En sus aspectos generales la política desarrollada por los Bárquidas en la Península Ibérica, que ha sido calificada como imperialista en múltiples ocasiones¹, es conocida por haber sido bien analizada por la historiografía contemporánea. Pese a lo acertado de estos análisis debemos de reconocer que las fuentes de información al respecto resultan enormemente parcas. La expansión cartaginesa por Iberia se suele interpretar como una derivación, probablemente obligada, de la pérdida de Sicilia en su primera guerra con Roma; este punto de vista tradicional ha sido confirmado por los estudios más recientes².

¹ Vid. el volumen de P. D. A. Carnsey y C. R. Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, 1978. También sobre el contexto general, A. Heuss, *Der erste Punische krieg und das problem des römischen imperialismus*, Darmstadt, 1964.

² J. M. Blázquez y M. P. García Gelabert, «Los bárquidas en la Península Ibérica», *Atti II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, I, Roma, 1991, 27-50.

Al final de cuentas, la dominación de tipo imperialista en Iberia significaba para Cartago una fuente importante de ingresos en metales (susceptibles de amonedación), de obtención de algunos suministros y también de mercenarios para su ejército³. Con razón pudo señalar Nepote que Amílcar enriqueció Cartago con los diversos productos que en gran cantidad logró conseguir en Iberia: *magnas res secunda pessit fortuna, maximas bellicissimasque gentes subegit, equis armis viris pecunia et al locupletavit Africam*⁴. Y tampoco puede descartarse otro hecho que, sin duda, influyó en los acontecimientos y que menciona Dionasio: en un principio los romanos fueron contentados ante el argumento de que la expansión cartaginesa significaba un pago mucho más fácil y garantizado de las indemnizaciones de guerra debidas a Roma⁵.

Pese a la sucinta exposición de las fuentes greco-latinas, preocupadas exclusivamente por justificar la posición romana y por atribuir las responsabilidades de la guerra posterior a Cartago (más en concreto a Aníbal), la expansión bárquida por Iberia cubrió toda una serie de etapas. A través de las mismas, Cartago consiguió la obtención de recursos en cada territorio, sobre todo, la incorporación de mercenarios de los pueblos que iba controlando⁶. La extensión por Andalucía y Murcia fue, en general, relativamente fácil, pero muchas más dificultades encontró la expansión en dirección a la Meseta. Así la oposición inicial de los oretanos significó, incluso, la muerte en combate del propio general Amílcar⁷.

La etapa de Asdrúbal como general en jefe del ejército cartaginés en Iberia vino significada por una política bastante más pacífica, en general basada en la diplomacia y la acción política. Pero el acceso de Aníbal al mando del ejército supuso un notable incremento de la actividad militar. Se fundamentó rápidamente en el audaz desarrollo de campañas profundas en la Meseta, tanto hacia el Oriente contra el pueblo de los ólcades (generalmente ubicado en la actual provincia de Cuenca), como hacia el

³ A. García y Bellido, «Colonización púnica», en R. Menéndez Pidal, *Historia de España, II: El mundo de las colonizaciones*, 2.^a ed., Madrid, 1960, 363-376; G. V. Summer, «Roman policy in Spain before the Hannibalic War», *Harvard Studies in Classical Philology*, 72, 1967, 205-246; C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; G. de Frutos, *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*, Écija, 1991.

⁴ Nepote, *Ham.*, 4, 1.

⁵ Dion Casio, frag. 46; J. Carcopino, *Las etapas del imperialismo romano*, Buenos Aires, 1968, 48.

⁶ M. P. García Gelabert y J. M. Blázquez, «Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología», *Habis*, 18-19, 1987-1988, 257-270.

⁷ M. P. García Gelabert y J. M. Blázquez, «Los cartagineses en Turdetania y Oretania», *HAnt.*, 20, 1996, 7-21.

Oeste contra los vacceos, en la zona de Salamanca⁸. Con estas campañas se sometía a estos pueblos indígenas, se obtenía de ellos un abundante botín de guerra, al tiempo que también se les obligaba a la futura proporción de mercenarios⁹. Y después de estas campañas, mal conocidas, el prolongado sitio y el asalto de Sagunto, con el que los escritores romanos empezaron a mostrar interés debido a considerarlo *casus belli*.

Como es bien sabido, la historiografía del presente siglo, muy influida por factores como la primera guerra mundial, o la denominada «guerra fría», ha prestado una atención significativa al problema de las «responsabilidades» en el estallido de la guerra; la discusión sobre la misma ha producido una bibliografía ingente que no es ahora momento de detallar. En todo caso, no cabe duda (a partir de las propias fuentes romanas) de una serie de hechos: la actitud agresiva de los embajadores de Roma, de un lado, la evidente diferencia de interpretación que las dos partes hacían de los tratados, del otro. Pero si lo anterior parece cierto, no lo es menos que, al menos aparentemente, desde el mismo momento de la toma de Sagunto, Aníbal comenzó la planificación de la guerra con Roma¹⁰. Probablemente porque a esas alturas estaba convencido de que era inevitable.

En principio la posición de Cartago era de una debilidad más que notable. De hecho, los romanos tenían relativamente fácil el desembarco en el propio territorio africano, conduciendo la guerra al corazón de Cartago. La experiencia ya mostraba el evidente peligro que a este respecto tenía la metrópoli africana. En el año 310 a. de C. el griego Agathocles, desde Sicilia, en apenas seis días de navegación logró desembarcar 14.000 soldados en la costa del cabo Bon¹¹. En el 256 a. de C. el cónsul Attilio Regulo, con unos 20.000 soldados, realizó otra incursión al Africa, desembarcando al Este del cabo Bon¹². Aníbal sabía la facilidad con la que todas las ciudades de la región habían sido atacadas y saqueadas en las dos ocasiones¹³.

⁸ A. J. Domínguez Monedero, «La campaña de Aníbal contra los vacceos: sus objetivos y su relación con el inicio de la segunda guerra púnica», *Latomus*, 45, 1986, 241-258.

⁹ G. Chic, «La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218», *Habis*, 9, 1978, 233-242.

¹⁰ Sobre el contexto, F. A. Muñoz, *Los inicios del imperialismo romano. La política exterior romana entre la primera y la segunda guerra púnica*. Granada, 1986. Según la interpretación de J. M. Roldán, *Historia de España Antigua, II: Hispania Romana*, Madrid, 1978, 33 y ss., la actitud romana fue la de potenciar la consumación de los hechos por parte de Aníbal para considerar que la guerra ya había sido provocada.

¹¹ Diodoro, XX, 38.

¹² Apiano, *Afr.*, 3.

¹³ Polibio, I, 82, 8, documenta que Hippo y Utica habían sido las únicas ciudades de Africa que lograron resistir ambos ataques.

Como han destacado la mayor parte de los investigadores, esa debilidad cartaginesa inicial es la que explica la actitud militar de Aníbal: toda su estrategia militar parece motivada por el temor a un rápido desembarco romano en la costa africana. Así su proyecto para evitarlo fue una estrategia de guerra total, destinada a evitar la eventualidad de ese latente y peligroso desembarco romano en África¹⁴. De hecho, Apiano indica que los romanos no imaginaron nunca que Aníbal invadiera Italia, por lo que enviaron previamente dos importantes contingentes tanto a África como a Iberia¹⁵. Con toda probabilidad la mencionada era una actuación a desarrollar pero fue evitada por la actuación de Aníbal.

Naturalmente, de todas las previsiones militares de Aníbal, que tomó obviamente la iniciativa (y asumió las responsabilidades oficiales del conflicto a los interesados ojos romanos), la que más fama y atención despertó fue la marcha del ejército púnico a Italia. De hecho fue el aspecto que más despertó la atención y que, por sus repercusiones directas en Roma, es mencionado por todos los escritores. Pero si esta marcha con ribetes épicos merecía destacarse, desde el punto de vista militar se pusieron en práctica otras medidas no menos importantes, en concreto el guarñecer de forma adecuada la retaguardia, tanto la africana como la hispana.

Apiano no dice gran cosa al respecto. Afirma que Aníbal reclutó gran cantidad de tropas entre celtíberos, africanos y otros pueblos, encargando los asuntos de Iberia a su hermano Asdrúbal, después de lo cual atravesó los Pirineos¹⁶. Diodoro se limita a afirmar que Aníbal dejó al mando de Iberia a su hermano Asdrúbal, del que habla elogiosamente, indicando que consiguió reunir un gran contingente de tropas¹⁷. Floro aclara algo más la cuestión: Aníbal, antes de poner en marcha su ejército para atravesar el Ebro, aseguró la defensa de África y de Iberia, aunque no especifica de qué forma¹⁸. Nepote es a este respecto algo más explícito: Aníbal organizó tres fuertes ejércitos¹⁹: el primero fue enviado a África, el segundo dejado en Hispania para su protección al mando de Asdrúbal, y el tercero fue el que se puso en marcha hacia Italia²⁰.

¹⁴ E. Pérez Cañamares y F. Novoa Portela, «Geoestrategia y geopolítica en el análisis de la confrontación de los Estados de Roma y Cartago durante la segunda guerra púnica», *Actas I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, I, Madrid, 1988, 509-516.

¹⁵ Apiano, *Iber.*, 14.

¹⁶ Apiano, *Hann.*, 4.

¹⁷ Diodoro, XXVI, 24, 1.

¹⁸ Floro II, 7, 7.

¹⁹ Nepote, *Hann.*, 3, 2.

²⁰ Nepote, *Hann.*, 3, 3.

Tito Livio presenta los hechos como producto de la previsión realizada por Aníbal a raíz de la toma de Sagunto. Las medidas adoptadas a su juicio revestían la doble condición tanto de ataque como de la defensa. Así para que, como consecuencia de la marcha a Italia, no quedara la retaguardia descubierta, en concreto Africa, decidió asegurarla con una considerable guarnición. Al mismo tiempo obtuvo de Africa unos contingentes de tropas ligeras; las tropas fueron distribuidas de forma que los africanos se asentaban en Iberia y los iberos en Africa, con el fin de que actuaran mejor militarmente y tuviesen intereses comunes: *Pro eo supplementum ipse ex Africa maxime iaculatorum, levium armis, petiit, ut Afri in Hispania, Hispani in Africa, melior procul ab domo futurus uterque miles, velut mutuis pigneribus obligati, stipendia faceret*²¹.

Estas medidas fueron adoptadas a raíz de la estancia de Aníbal en Gades (Gadir) para realizar un sacrificio religioso en el templo de Hércules²². Es significativo el lugar en el que, aparentemente, Aníbal tomó la decisión: un puerto que mantenía intensas relaciones con el Norte de Africa, territorio sobre el que poseía una gran información²³. Se deduce claramente que todas estas disposiciones se adoptaron en Gadir puesto que Livio, después de relatarlas, afirma que *ab Gadibus Carthaginem ad hiberna exercitus rediit*²⁴. Ello significa que el trasvase de las tropas, al menos en buena parte, se efectuó también a partir del puerto gaditano. Silio Italico, que no habla de las medidas militares, informa de esta prolongada estancia de Aníbal en Gades para consultar a los adivinos y oráculos; desde allí mandó a Bostar por mar a Africa, con el fin de que consultara igualmente al oráculo de Hammon²⁵. También este dato, a mi juicio, parece indicar no solamente una actividad religiosa, expresa en la cita, sino la recluta de mercenarios africanos.

²¹ Livio, XXI, 11.

²² Livio, XXI, 21, 9. J. Gagé, «Hercule-Melqart, Alexandre et les romains à Gades», *REA*, 42, 1940, 425-438. Acerca del templo gaditano, J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977. Sobre el papel político adoptado por el famoso Herakleion gaditano, J. F. Rodríguez Neila, *El municipio romano de Gades*, Cádiz, 1980.

²³ J. Gagé, «Gadès, l'Inde et les navigations atlantiques dans l'Antiquité», *RH.*, 205, 1951, 189-216; E. Gozalbes, «Carteia y la región de Ceuta. Contribución al estudio de las relaciones entre ambas orillas del Estrecho de Gibraltar en la antigüedad clásica», *Actas I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, I, Madrid, 1988, 1047-1067.

²⁴ Livio, XXI, 22, 5.

²⁵ Italico, *Pun.*, III, 10 y ss.: *inter anhelantis Garamantas corniger Hammon*. El templo de Hammon aludido se encontraba en el interior del continente africano, más allá del dominio real de Cartago; R. Rebiffat, «Routes d'Egypte de la Libye intérieure», *Studi Magrebini*, 3, 1970, 8-9.

En la narración de Livio, al Africa pasaron 13.850 peones armados con *caetra*, es decir escudo circular ligero, 870 honderos baleares, y 1.200 jinetes de naciones hispanas diferentes, una parte de todos los cuales fue acantonada en Cartago, mientras el resto fue distribuida por Africa: *tredecim milia octogintos quinquaginta pedites caetratos misit in Africam et funditores Baleares octogintos septuaginta, equites mixtos ex multis gentibus milles ducentos. Has copias partim Carthagini praesidio esse, partim distribui per Africam iubet*²⁶.

Junto a lo anterior, los reclutadores marcharon a distintas ciudades para obtener cuatro mil jóvenes que fueron enviados a Cartago con el fin de que sirvieran, al tiempo, de rehenes y de soldados defensores: *simil onquisitoribus in civitates missis quattuor milia conscripta delectae tiventutis praesidium eosdem et obsides, duci Carthaginem iubet*. Esta mención, adoptada en Gades, no parece referirse expresamente a soldados hispanos o africanos. La explicación la tenemos en que esta recluta se efectuó entre los jóvenes no de medios indígenas tribales sino *in civitates*, es decir, en las colonias púnicas ubicadas bien en la costa hispana, bien en la africana²⁷.

Sería en este momento inicial de la guerra cuando, según se ha señalado en alguna ocasión, Aníbal produjo el cambio definitivo en la situación política de las urbes púnicas, con la imposición a las otras ciudades aliadas de unas medidas militares y administrativas que venían a significar, en suma, la pérdida de soberanía²⁸. También parece significativo que el lugar donde se emplazaran estos jóvenes, de las colonias púnicas de Occidente, fuera precisamente la metrópoli de Cartago. Sin duda constituía una forma de fortalecer los lazos de identidad cartaginesa.

Junto a la protección de Africa, de la cual únicamente hace Livio mención expresa de Cartago, destacan las medidas adoptadas con respecto a Iberia. Allí al mando de Asdrúbal dejó acantonado un ejército que estaba formado básicamente por tropas africanas. La relación que hace el historiador latino es bastante completa, casi estadística, aunque no indica los lugares concretos en los que se ocuparon de la defensa: *peditum Afrorum undecim milibus octigentis quinquaginta, Liguribus*

²⁶ Livio, XXI, 21, 12-13.

²⁷ De tratarse de las colonias hispanas (más adelante veremos que no parece ser el caso), Gadir, Malaca, Sexi, Abdera y Baria. De las colonias africanas, cuando menos hay mención expresa (aunque tardía) de Tingi y de Lixus como suministradores de *milites* al ejército de Aníbal, Itálico, *Pun.* III, 258. Veremos más adelante como estos soldados parecen ser de las ciudades púnicas de la costa del Mediterráneo occidental.

²⁸ J. L. López Castro, *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona, 1995, 87.

trecentis, Balearibus quingentis. Ad haec peditum auxilia additi equites Libyphoenices, mixtum Punicum Afris genus, quadrigenti quinquaginta et Numida Maurique accolae Oceani ad mille octigenti et parva Ilergetum manus ex Hispania, trecenti equites²⁹.

Junto a estas tropas se unieron catorce elefantes y, sobre todo, una flota considerable, formada por 50 quinquerremes, 2 quadriremes y 5 trirremes, aunque no todas ellas disponían de remeros: *classis praeterea data tuendae maritumae orae, quia, qua parte belli vicerant, et tum quoque rem gesturos Romanos credi poterat, quinquaginta quinquerremes, quadriremes duae, triremes quinque; sed aptae instructaeque remigio triginta et duae quinquerremes erant et triremes quinque³⁰.* Esta flota iba a estar todo el conflicto deambulando por las costas entre sus dos grandes bases portuarias de Gades y Cartago Nova.

Volviendo a las tropas anteriores, la suma de las mismas representa una cifra inicial de 15.150 soldados, la gran mayoría de los mismos (a excepción de los 300 ligures, 500 baleares y 200 ilergetes) procedentes de Africa. Estos datos nos indican una defensa de Iberia, por parte de Cartago, efectuada básicamente con soldados indígenas de Africa. Poco puede decirse acerca de la procedencia exacta de la inmensa mayoría de ellos. Sin embargo, de forma expresa se indican dos colectivos diferenciados; en primer lugar, 1.800 moros y númidas de las riberas del Océano, lo que significa unas tropas reclutadas entre los pueblos moros del actual territorio de Marruecos³¹. Junto a ellos se mencionan a los jinetes libiofenicios. Estos libiofenicios no parecen ser exactamente los mismos de este mismo nombre que se mencionan, en textos anteriores, en Iberia³², y que iban a tener una fuerte pervivencia ya en época romana³³.

Los libiofenicios africanos establecidos en Hispania, esos 450 jinetes, en la explicación de Livio eran *mixtum Punicum Afris genus*. Ello indi-

²⁹ Livio, XXI, 22, 2-3.

³⁰ Livio, XXI, 22, 4.

³¹ También había contingentes moros en las tropas de Aníbal que marcharon a Africa, que fueron objeto de la propaganda romana, que los presentó como un pueblo repulsivo. Moros eran en esta época exclusivamente los indígenas del actual Marruecos; E. Gozalbes, «La imagen de los mauri en Roma», *Latomus*, 50, 1991, 38-55.

³² Visiones contrapuestas acerca de los mismos en J. L. López Castro, «Los libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el Sur de la Península Ibérica», *RSF*, 20, 1992, 51 y ss.; A. J. Domínguez Monedero, «Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias», *Gerión*, 13, 1995, 233-239.

³³ L. A. García Moreno, «Ciudades béticas de estirpe púnica (un ensayo postmarxista)», *DArch.*, 10, 1992, 119-127.

caría que nos hallamos ante una mezcla de los elementos indígenas y de los cartagineses, aunque en realidad esa mezcla se produjera fuera del marco urbano de las colonias púnicas del litoral africano. Piganiol aceptó la existencia de esta mezcla, aunque la consideró producida en las ciudades púnicas africanas³⁴. Por el contrario, tanto Bondi³⁵, como más recientemente Domínguez Monedero³⁶, consideran que se trataban de poblaciones de estirpe netamente fenicia que vivían en ciudades del Norte de África. Sin embargo, continúa siendo evidente que las alusiones a libiofenicios encierran realidades muy distintas en cada momento. En este caso, la cita parece claramente referida a poblaciones indígenas del Norte de África, lo que indica que esta supuesta mezcla poblacional o era de un medio urbano o, si se quiere, «colonial».

El relato de Polibio³⁷ acerca de estos hechos constituyó una fuente básica para muchos otros escritores, siendo probablemente la seguida precisamente por Livio. Ello explicaría, además, la coincidencia de las cifras. Después de mencionar esos soldados, con las cifras de los mismos, ofrece un dato precioso, al indicar que nadie debe extrañarse de la exactitud con la que describía las disposiciones adoptadas por Aníbal previamente a poner en marcha su ejército hacia Italia; en efecto, las mismas aparecían grabadas en una tablilla de bronce, mandada poner por el propio Aníbal, en el santuario de Hera Lacinia. Y por Livio sabemos que, muy probablemente, dicho epígrafe fue puesto por Aníbal en el año 205 a. de C., a raíz de su estancia en el mismo (situado a diez kilómetros de Crotona), que era bilingüe, con el texto en griego y en lengua púnica³⁸.

Polibio, al contrario que Livio, no menciona la estancia de Aníbal en Gades; únicamente indica que, después de la toma de Sagunto, Aníbal pasó el invierno en Cartagena³⁹. Al frente de la Iberia iba a dejar a su hermano Asdrúbal. Y después se preocupó de la protección del Africa; en el juicio de Polibio, «con cálculo propio de un hombre prudente y con experiencia hizo pasar soldados de Africa a Iberia y de ésta al

³⁴ A. Piganiol, «Les peuples mixtes dans l'Antiquité», *FIFS*, 2, 1932, 123-131 (= *Scripta Varia*, Bruselas, 1973, 7-13), quien se basa en Diodoro, XX, 55, que menciona a los libiofenicios como habitantes de muchas ciudades marítimas. Piganiol consideraba que los libiofenicios eran una mezcla de africanos y cartagineses.

³⁵ S. F. Bondi, «I Libifenici nell'ordinamento cartaginese», *RANL*, 26, 1971, 653-661.

³⁶ A. J. Domínguez Monedero, 226 y ss.

³⁷ Polibio, III, 33, 17-18.

³⁸ Livio, XXVIII, 46, 16, según la acertada interpretación que también hace Domínguez Monedero.

³⁹ Polibio, III, 33, 5.

Africa, y con ese plan ató mucho más la lealtad mutua que existía entre estas dos poblaciones»⁴⁰. Aquí tenemos reflejada una estrategia política y militar destinada a unificar mucho más a los habitantes de las dos orillas del Mediterráneo. Por lo general, la historiografía contemporánea ha alabado estas medidas, considerándolas como todo un acierto de orden militar⁴¹.

En realidad el tipo de mención que aparece en Polibio parece reflejar algo que pudo tener un alcance mucho mayor que un simple traslado temporal de elementos militares: los soldados no aparecen en este caso como ocupantes, en un territorio extraño, ni como rehenes. Por el contrario, del texto podría incluso deducirse, por la expresión polibiana, que lo que hizo Aníbal fue un traslado de poblaciones militarizadas. En ese caso se entendería mucho mejor una lealtad mutua entre hispanos y africanos, si junto a los jóvenes soldados pasaron también otros elementos poblacionales. En suma, el texto de Polibio puede interpretarse, aunque no sea del todo seguro, como una colonización militar.

Es cierto que esta interpretación no puede fundamentarse en un conocimiento exacto de la estructura militar y colonizadora de Cartago. Por el contrario, son muy pocos los datos conocidos al respecto, aunque testimonios muy fragmentarios pueden indicar la existencia de una colonización agrícola de origen militar. De hecho, en la arenga que Livio pone en boca de Aníbal, dirigida a los soldados que iban a combatir en la batalla de Tesino, se les indica expresamente que recibirán tierras en Italia, en Africa o en Hispania, los aliados accederían a la ciudadanía de Cartago, mientras prometía una mejora de la situación a los que quisieran volver a su propio territorio: *agrum sese daturum esse in Italia, Africa, Hispania, ubi quisque velit inmunem ipsi, qui accepisset, liberisque; qui pecuniam quam agrum maluisset, ei se argento satisfacturum; qui sociorum cives Carthaginenses fieri vellent, potestatem facturum; qui domos redire malent, daturum se operam, ne cuius suorum popularium mutatam secum fortunam esse vellent*⁴².

Como ha señalado Kolendo, estas promesas incluídas en el discurso de Aníbal no pueden considerarse fruto de la imaginación porque no corresponden a la realidad y a las condiciones que en esa época existían

⁴⁰ Polibio, III, 33, 8.

⁴¹ A. García y Bellido, 667; J. M. Blázquez, «Relaciones entre Hispania y Africa desde los tiempos de Alejandro Magno hasta la llegada de los árabes», *Die Araber in der Alten Welt*, 5, 1969, 470-471; J. M. Roldán, *Historia de España Antigua, II: Hispania Romana*, Madrid, 1978, 36, G. Chic, 241; G. de Frutos, 133.

⁴² Livio, XXI, 45, 5-6.

en Roma⁴³. Buena parte de los mercenarios del ejército cartaginés, en Italia, recibían la promesa de tierras. También de forma expresa lo vemos en el discurso de Aníbal, en este caso dirigido a mercenarios celtíberos y lusitanos, unos integrantes del ejército considerados básicamente con un origen pastoril: *satis adhuc in vastis Lusitaniae Celtiberiaeque montibus pecora consecutando nullum emolumentum tot laborum periculorumque vestrorum vidistis; tempus est iam opulenta vos ad ditia stipendia facere et magna operaे pretia mereri*⁴⁴.

En este caso la recompensa ofrecida por Aníbal, como ya supo muy bien ver García y Bellido, no venía constituida únicamente por el botín de los vencidos sino por la obtención de tierras de cultivo⁴⁵. Unas tierras que, en parte al menos, también debieron servir para el asentamiento de militares hispanos en África y africanos en Iberia.

Otro indicio acerca de una colonización cartaginesa al sur de Iberia, realizada por Aníbal, la encontramos en un testimonio de Apiano. Hablando de las incursiones de los lusitanos en el siglo II a. de C., que llegaron hasta la misma costa del Océano, indica que atacaron al pueblo de los Blastofenicios. Entonces se indica que, según se decía, eran el producto de la colonización realizada por Aníbal: «se cuenta que el cartaginés Aníbal había asentado entre ellos algunos colonos traídos de África, y que a causa de esto recibían el nombre de blastofenicios»⁴⁶. En otras ocasiones se ha hablado de la colonización cartaginesa en el sur peninsular en época de Aníbal⁴⁷. Pero este asentamiento debe de ponerse en relación con el traslado de tropas que, debido a la distancia y a la prolongada separación, creemos que pudo haberse planteado como un asentamiento definitivo, es decir un traslado de poblaciones, con entrega incluso de tierras para el cultivo.

Quizás el hecho del traslado de estas poblaciones, no tan sólo de soldados, podamos también deducirlo de las etnias en concreto sobre las que se actuó. Según Polibio los hispanos que fueron pasados a África fueron los tersitas, mastios, además de los oretes iberos y los ólcades. El

⁴³ J. Kolendo, «La formación del colonato en África», *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1979, 153-154.

⁴⁴ Livio, XXI, 43, 8-9.

⁴⁵ A. García y Bellido, «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*, Madrid, 1977, 27.

⁴⁶ Apiano, *Iber.*, 56.

⁴⁷ J. M. Blázquez, «Los Bárquidas en la Península Ibérica», *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992, 514-515; A. J. Domínguez Monedero, 233-235.

total de soldados de estos pueblos eran 13.850 hombres de a pie y 1.200 jinetes, a los que había que sumar 870 honderos baleares⁴⁸. Como vemos, Polibio da las mismas cifras que Polibio, con la importante diferencia de especificar los pueblos hispanos que vieron trasladada, cuando menos, su juventud.

La lista de los grupos indígenas implicados en el traslado parece significativa. En primer lugar, todos ellos responden a la característica común de ser pueblos iberos y no indoeuropeos. Este hecho descarta la interpretación más corriente, repetida desde que la hiciera Bosch Gimpera, que consideraba celtíberos a los ólcades de la zona de Cuenca⁴⁹. Por el contrario, todas las etnias mencionadas tienen en común, al menos aparentemente, su carácter de poblaciones iberas.

Los tersitas mencionados parecen ser los pertenecientes a un grupo étnico con nombre de la antigua Tarsis, por tanto, una tribu de los turdetanos, muy probablemente del curso bajo del Guadalquivir⁵⁰. El hecho de que no vuelvan a ser mencionados puede indicar su desaparición posterior de Hispania.

Los mastienos constituyen una etnia mencionada en fuentes más antiguas, que la ubican en la zona de Murcia⁵¹. Pero este episodio mencionado por Polibio es en el último en el que aparece mencionado en Hispania; la tesis tradicional es que tuvo su continuidad con los bastetanos, pero ya Alvarez Delgado demostró la inconveniencia de esta opinión⁵². En su lugar aparecerá en época romana otro pueblo diferente, el de los contestanos⁵³. Los mismos se extendían, según Ptolomeo, desde Valentia hasta la zona de Almería⁵⁴. El traslado de buena parte de los mastienos pudo significar el dejar espacios libres que sirvieron de extensión de poblaciones iberas más septentrionales. La desaparición de los

⁴⁸ Polibio, III, 33, 9-11.

⁴⁹ P. Bosch Gimpera, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, 534.

⁵⁰ J. Caro Baroja, *Los pueblos de España*. I, Barcelona, 1946; 2.^a ed., Madrid, 109 y ss.; C. González Román, *Imperialismo y romanización en la Provincia Hispania Ulterior*, Granada, 1981, 11 y ss.

⁵¹ A. Iniesta, «Pueblos del cuadrante sudoriental de la Península Ibérica», en A. Montenegro y otros: *Historia de España. II. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos*, Madrid, 1989, 318 y ss.

⁵² J. Alvarez Delgado, «La falsa ecuación Mastieni-Bastetani y los nombres en -tani», *Arch. Preh. Lev.*, 3, 1952, 263-282. Vid. una investigación más moderna en T. Chapa y J. Pereira, «Las etnias prerromanas del Sureste: problemas de su comprobación arqueológica», *Actas II Congreso de Historia de Andalucía, Historia Antigua*, Córdoba, 1994, 89-105.

⁵³ E. Llobregat, *Contestania ibérica*. Albacete, 1972; J. Uroz, *Economía y sociedad en la Contestania ibérica*. Alicante, 1981.

⁵⁴ Puede verse el mapa de la Hispania de Ptolomeo recogido en A. Tovar y J. M. Blázquez, *Historia de la Hispania Romana*. Madrid, 1975.

mastienos, como unidad étnica con identidad propia, encontraría su explicación en este traslado al Norte de África.

Los oretes aquí citados parecen ser, muy verosímilmente, los que conocemos en otras fuentes como oretanos. En este caso el traslado afectó simplemente a fracciones concretas de esta muy extendida tribu. Un pueblo que ya había dejado muestras de su fortaleza, fueron los causantes de la muerte de Amílcar, y así aparecería ampliamente en las fuentes de época romana⁵⁵. Su zona de expansión era el Oriente de Sierra Morena, la mitad Este y Norte de la provincia de Jaén, y parte de las de Ciudad Real y Albacete⁵⁶. Es probable que el nombre de «*iberos*» aplicado por Polibio en la relación se refiriera expresamente a los oretanos y no a otros grupos iberos. Pero los oretanos constituyan un pueblo lo suficientemente grande y extendido como para que el traslado de miembros al Norte de África fuera parcial y no afectara a la continuidad del mismo.

Caso muy distinto es el de los ólcades, la última de las etnias mencionadas como trasladadas a África. Por lo general, creemos que con buenos argumentos, la historiografía actual suele ubicar a este pueblo, al menos parcialmente, en la actual provincia de Cuenca. Los ólcades debieron de ser una etnia de importancia creciente; solamente así se explica el que en el año 221 a. de C., Aníbal realizara toda una campaña militar anual contra esta etnia; como resultado de ello tomó al asalto y destruyó su capital, quedando sometidas las entidades menores⁵⁷. Al año siguiente, supervivientes ólcades son mencionados como parte importante de los contingentes indígenas que, junto a vacceos y carpetanos, hicieron frente a los cartagineses junto al Tajo⁵⁸.

No cabe duda de que los ólcades experimentaron un quebranto muy considerable en estos acontecimientos. Es probable que el grupo no fuera muy numeroso, es decir, rebasara solamente de una forma muy limitada el marco de la *civitas*⁵⁹. Después de estos hechos y del traslado a África los ólcades desaparecen de todas las menciones de las fuentes⁶⁰.

⁵⁵ G. Carrasco Serrano, «Los oretanos en época romana a través de los textos histórico-geográficos griegos y latinos», *Actas I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, I, Córdoba, 1993, 413-419.

⁵⁶ J. Santos Yanguas, *Los pueblos de la España antigua*, Madrid, 1997, 37.

⁵⁷ Polibio, III, 13, 5-6; Livio, XXI, 5, 3-4.

⁵⁸ Polibio, III, 14, 3; Livio, XXI, 5, 7 y 11.

⁵⁹ Así lo señala M. P. González Conde, «Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur», en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero: *Paleontología de la Península Ibérica* (rev. *Complutum*, 2-3), 1992, 299-309.

⁶⁰ El hecho de la desaparición de los ólcades ya fue indicado por N. Feliciani, «Gli Olcadi e gli Andosini, due populi sconosciuti», *BRAH*, 48, 1906, 441-458.

Sin duda los supervivientes de la juventud ólcade fueron trasladados al Norte de África, donde se establecieron como soldados y agricultores. Este hecho explicaría esa desaparición, no tenida en cuenta por muchos escritores, y que su territorio antes ocupado (cuando menos zona central de Cuenca) se convirtiera en extensión posterior de pueblos de cultura distinta, los celtíberos⁶¹. Los ólcades no aparecen en la Hispania romana porque, en realidad, constituyeron una etnia de la Iberia pre-romana trasladada en su mayor parte al Norte de África.

Otro hecho que nos aclara mejor Polibio que Livio es el destino norteafricano de estos hispanos. Así concluye indicando que «*la mayoría de todos ellos fue establecida en Metagonia del Africa, aunque algunos lo fueron en la misma Cartago. A ella mandó también Aníbal cuatro mil infantes, a la vez como rehenes y como refuerzo, que procedían de las ciudades denominadas de los metagonitas*»⁶². Así pues, contra lo que parece deducirse de Livio, es cierto que parte del contingente se estableció en Cartago, pero la mayor proporción se acantonó en una zona denominada como Metagonia. A su vez se indica que a Cartago se mandaron cuatro mil soldados de las ciudades metagónitas. Aquí tenemos los 4.000 soldados de ciudades púnicas citados por Livio. Esas ciudades metagónitas corresponden con colonias púnicas ahora claramente circunscritas a una determinada zona del Norte de África.

Ahora bien, ¿cuál era exactamente la Metagonia púnica, que tenía diversas ciudades? Cuando Gsell se planteó esta cuestión pudo vislumbrar que el nombre Metagonium aparecía con una cierta frecuencia, desde época muy antigua, referido a puntos geográficos diversos que iban desde la costa nómida al estrecho de Gibraltar, es decir, parte de la costa argelina y toda la costa marroquí del Mediterráneo⁶³. Su significado es amplio, aunque en ocasiones es también bastante más concreto.

En la descripción de la costa norteafricana hecha por el geógrafo Estrabón, el nombre de Metagonium aparece claramente referido al cabo Tres Forcas en Melilla. Hablando de la Maurosía, que se extendía hasta el río Molochath (Muluya), documenta lo siguiente: «*se llama Meta-*

⁶¹ B. Taracena, «Los pueblos celtibéricos», en R. Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España*, I. 3. *Etnología de los pueblos de Hispania*, 2.^a ed., Madrid, 1963, 215-216, ya defendió que esta zona conquense, mencionada por las fuentes romanas como celtíbera, no fue en su inicio de esta adscripción; por el contrario, constituyó una expansión celtíbera posterior. Lo mismo se deduce, aunque de forma meramente hipotética, del magnífico análisis de F. Burillo Mozota, *Los celtíberos. Etnias y Estados*, Barcelona, 1998, 154, y figura con modelo diacrónico de la p. 143.

⁶² Polibio III, 33, 12-13.

⁶³ St. Gsell, *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*. II, Paris, 1918, 156.

gonium a un gran promontorío cercano al río, así como a un lugar árido y triste, y casi este nombre se aplica a toda la costa que se extiende desde el cabo Cotes hasta este punto. La distancia desde el cabo Cotes hasta la región de los masaesylos es de 5.000 estadios. Metagonium se encuentra casi frente a Cartago Nova, al otro lado del mar. Timostenes se equivoca al situarla frente a Massalia. La travesía desde Cartago Nova a Metagonium es de 3.000 estadios»⁶⁴.

El texto de Strabon nos parece clarificador. En el mismo Metagonium aparece como nombre de una amplia costa, en este caso la extendida desde el tangerino cabo Espartel a la desembocadura del Muluya; igualmente aparece concretado en un promontorio o gran cabo al Occidente del río, y que no puede ser otro que el cabo Tres Forcas; finalmente, del texto se deduce también que constituía un importante lugar de comunicación naval hacia y desde Cartagena.

Desde esta mención, en sentido estricto o en un sentido más amplio del territorio, la estrategia de Aníbal se clarifica. Los soldados hispanos fueron establecidos no en un punto concreto, se menciona como región, pero sí en una costa que servía de paso fundamental entre Africa e Iberia. Aníbal quiso así asegurar la protección de las comunicaciones de Iberia con el Norte de Africa, para lo cual tomó medidas defensivas en los puertos africanos que garantizaban la travesía. Unos puertos que, sin duda, iban desde el Oranesado argelino hasta el estrecho de Gibraltar. En la perspectiva de una posible entrega de tierras, ocuparían las que, de una o de otra forma, dejaban libres los metagónitas que fueron trasladados a Cartago y otros lugares.

Esta presencia de elementos étnicos hispanos en el Norte de Africa, como contingentes militares en su origen, ha sido en ocasiones relacionada con la documentación arqueológica. Más en concreto, la aparición de cerámica ibérica en Cartago, en el Oranesado y en Marruecos, podría relacionarse directamente con esta presencia de guarniciones iberas⁶⁵. Sin embargo, este elemento arqueológico de una forma mucho más probable lo que indica es la existencia de comercio en momentos algo posteriores.

Distinto es el caso, si se hubiera confirmado, de otro hallazgo arqueológico puesto en relación, en muchas ocasiones, con el traslado de tropas iberas por parte de Aníbal. Se trata de los vestigios de la denominada «necrópolis ibérica de Orán». Se trata de un conjunto considerable de piezas de una necrópolis ibera, supuestamente hallados en una playa

⁶⁴ Strabon, XVII, 3, 6.

⁶⁵ A. García y Bellido, «Expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo», *AEArq*, 27, 1954, 246-253.

cercana a la ciudad argelina de Orán. Las piezas cerámicas y las armas en las tumbas demuestran una población de origen hispano allí establecida; según García y Bellido, «proceden de una necrópolis, que por las fechas deducibles de sus ajuares funerarios, cabe, sin concesión ninguna a la fantasía, adscribirlos a esos mercenarios españoles que Hannibal estableció en la región de Orán en el año 218 antes de J.C., en vísperas de su invasión de Italia»⁶⁶.

Las circunstancias del hallazgo ya eran extrañas: el mismo hecho de que fuera realizado por un obrero español emigrado a Argelia, que había realizado excavaciones previas en la zona valenciana, que fuera hecho por pura casualidad, que nunca se llegara a mostrar el lugar exacto.... Pese a todo, el hallazgo del Oranesado ha sido generalmente aceptado en la línea de las conclusiones apuntadas por García y Bellido. Sin embargo, el estudio de las piezas, conservadas en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, ha permitido a Santos Velasco llegar a la conclusión de que el hallazgo no fue realizado en África sino en la zona alicantina: «este estudio aporta datos suficientes como para indicar claramente la posibilidad de reintegrar la necrópolis a un contexto peninsular y, por tanto, no debiera servir en adelante como ejemplo ni justificación de la existencia de un asentamiento ibérico en el norte de África»⁶⁷.

Por el contrario, otro hallazgo más reciente puede ponerse fácilmente en relación con el establecimiento de los soldados iberos en la costa africana. Ya en 1953 la draga del puerto de Melilla sacó a la superficie un número indeterminado de monedas cartaginésas que se perdieron entre coleccionistas. Pero en el dragado del puerto melillense en 1981 aparecieron varios miles de monedas cartaginésas, en unas cifras que según los cálculos oscilan entre las 5.000 y las 10.000. Las primeras conclusiones que podían aportarse eran referidas a la procedencia: la draga sacó clavos y trozos de madera que indicaban que el hallazgo pertenecía a un barco hundido. La segunda conclusión se refería a la cronología: los tipos monetarios eran muy similares, por lo que el hundimiento del barco cartaginés en el puerto de la antigua Rusadir podía fijarse entre los años 220 y 210 a. de C. Todo ello hacía muy verosímil que se tratara de un barco hundido con la paga de mercenarios del ejército cartaginés⁶⁸.

⁶⁶ A. García y Bellido, «Españoles en el Norte de África durante la Edad Antigua», *Actas I Congreso Arqueológico del Marruecos español*, Tetuán, 1954, 368-369.

⁶⁷ J. A. Santos Velasco, «La denominada necrópolis ibérica de Orán, en el Museo Arqueológico Nacional», *TP*, 40, 1983, 309-352.

⁶⁸ E. Gozalbes, *La ciudad antigua de Rusadir. Aportaciones a la Historia de Melilla en la antigüedad*, Melilla, 1991, 52-53.

Este hallazgo de monedas se encuentra fuera de contexto en esta región del Norte de África. Las investigaciones realizadas en los asentamientos púnicos y mauritanos de este período, y del inmediatamente anterior, parecen demostrar la inexistencia de una economía monetaria. Ello explica el que los hallazgos de monedas cartaginesas en Marruecos sean prácticamente nulos: incluso en el medio urbano no debía de ser la moneda sino otros elementos los que servían para los intercambios de productos⁶⁹. La única excepción se encuentra en un tesorillo cartaginés, con monedas de Gadir, hallado en la región tangerina⁷⁰; pero se considera justamente como producto de la presencia de soldados hispanos en esa zona⁷¹. En realidad, el hallazgo del puerto melillense se inserta mucho más en el panorama de los realizados en Iberia que en la situación africana⁷². La conclusión se confirma si tenemos en cuenta que las monedas halladas en Melilla corresponden a acuñaciones de Cartagena⁷³.

La numismática también puede ofrecer datos interesantes acerca de la presencia de elementos humanos nortefricanos en Hispania. Sobre todo, incluso mucho más que referidos a este momento, acerca de su continuidad posterior. En este sentido, muchos investigadores están señalando la existencia de estas pervivencias en lo que se refiere a las ciudades que tuvieron cecas que se han venido denominando «libiofenicias»⁷⁴. María Paz García y Bellido ha indicado que existen sorprendentes similitudes del lenguaje iconográfico con las estelas cartaginenses, por lo que en su opinión muestra la presencia de «mercenarios quizás venidos con los bárquidas y asentados aquí desde entonces, para los que el pago pudo consistir precisamente en esas tierras»⁷⁵.

⁶⁹ Podemos observar esta ausencia de monedas cartaginenses en la bibliografía antigua; F. Mateu y Llopis, *Monedas de Mauritania*, Madrid, 1949; M. Tarradell, *Marruecos púnico*, Tetuán, 1960; J. Marion, «Note sur la contribution de la numismatique à la connaissance de la Maurétanie Tingitane», *AntAfr.* 1, 1967, 97-117.

⁷⁰ L. Villaronga, «The Tangier Hoard», *NC*, 1989, 149-162.

⁷¹ P. P. Ripollés, «Circulación monetaria en Hispania durante el período republicano y el inicio de la dinastía julio-claudia», *VIII Congreso Nacional de Numismática*, Madrid, 1994, 123.

⁷² C. Alfaro y C. Marcos, «Tesorillo de moneda cartaginesa hallado en la Torre de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *AEArq.* 67, 1994, 229-244, establece una lista de hallazgos. Las autoras aceptan nuestras conclusiones previas acerca de las monedas melillenses, y consideran el hallazgo como una clara prueba de la presencia de mercenarios hispanos.

⁷³ Como ha demostrado C. Alfaro Asins, «Lote de monedas cartaginenses procedentes del dragado del puerto de Melilla», *Nvmisma*, 232, 9-35.

⁷⁴ A. J. Domínguez Monedero, «De nuevo sobre los libiofenicios, un problema histórico y numismático», *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*, Madrid, 1995, 111-116.

⁷⁵ M. P. García-Bellido, «Moneda y territorio: la realidad y su imagen», *AEArq.* 68, 1995, 134.

Es evidente que en todos estos posibles casos de pobladores africanos, de origen militar, no se hace referencia al primitivo traslado por parte de Aníbal. Sin duda, también se produjeron otros de númidas, moros y libiofenicios, en el curso de la guerra, aunque las fuentes no los documentan expresamente. En todo caso, algunos de los asentamientos iniciales pudieron hacerse en los lugares desocupados por los hispanos trasladados al Africa. En este sentido, puede hipotéticamente suponerse la existencia de grupos humanos de origen africano no solamente en tierras meridionales. La ignota ceca de Ikalesken, últimamente se ubica, con buenos criterios de circulación monetaria, al Sur de la provincia de Cuenca⁷⁶; desde esta misma conclusión María Paz García-Bellido considera muy probable el origen númida de las gentes de esa entidad⁷⁷. La confirmación de este hecho tendría un enorme interés dado que ese es, justamente, el territorio más probable de asentamiento de los ólcades, una de las poblaciones trasladadas al Norte de Africa por Aníbal.

⁷⁶ P. P. Ripollés, «Ikalesken, notas sobre su localización», *X Congreso Nacional de Numismática* (Albacete, 1998), en prensa.

⁷⁷ M. P. García-Bellido, «Sobre la localización de la ceca Ikalesken», *X Congreso Nacional de Numismática* (Albacete, 1998), en prensa.